

## El 7 de octubre como punto de inflexión en la historia judía

18 de octubre de 2024

por

**El Centro Katz de Estudios Judaicos Avanzados**

**Universidad de Pennsylvania / <https://www.upenn.edu/>**

Con motivo del aniversario del 7 de octubre de 2023 y sus consecuencias en la vida universitaria y política, cinco destacados historiadores del judaísmo reflexionan sobre la fecha como un hito en la historia judía estadounidense. Las atrocidades ocurridas el 7 de octubre de 2023 han demostrado ser parte de una cadena mucho mayor de eventos traumáticos y trascendentales que aún se están desarrollando, y tomará años desentrañar su significado y consecuencias. Al mismo tiempo, el esfuerzo por comprender su impacto ya está en marcha. Este foro, convocado por Rebecca Kobrin, comparte reflexiones preliminares sobre el 7 de octubre como un punto de inflexión histórico, a cargo de cinco académicos de estudios judíos:

- **Rebecca Kobrin** , Universidad de Columbia
- **Derek Jonathan Penslar** , Universidad de Harvard
- **Susannah Heschel** , Dartmouth College
- **David Feldman** , Instituto Birbeck para el Estudio del Antisemitismo
- **Arnold M. Eisen** , Seminario Teológico Judío de América

## 7 de octubre, Educación superior, la “guerra en el campus” y la “Gran Retención”

**Rebecca Kobrin**



Todo comenzó con un ataque inimaginable contra israelíes dentro de las fronteras de Israel. El ataque trastocó muchas suposiciones arraigadas sobre la soberanía judía, la seguridad judía y cómo un estado judío mantendría a los judíos a salvo. El activismo estalló en todo el mundo: muchos lamentaron la tragedia, mientras que otros celebraron. Luego surgieron protestas por las represalias israelíes. Desde el principio, algunos campus universitarios estadounidenses se vieron inundados de activismo. Si bien los medios de comunicación establecieron una equivalencia entre "la guerra en Gaza" y "la guerra en el campus", debemos preguntarnos si tal vinculación por parte de la prensa capta el discurso universitario o si fue un subconjunto de un

movimiento antisemita populista más amplio, fuera del ámbito académico y en todo el mundo. A medida que las protestas se extendían por campus específicos, exalumnos indignados recurrieron a las redes sociales; republicanos hostiles en el Congreso citaron a declarar a los rectores de universidades; las rectoras universitarias perdieron sus empleos. La educación superior se convirtió en un tema político en un momento de polarización en la política estadounidense. Mi sede institucional, la Universidad de Columbia, fue [descrita por la prensa como el epicentro](#). Tanto estudiantes como profesores se vieron envueltos en una [batalla sin precedentes](#) con la administración por sus prácticas en materia de libertad de expresión. Las protestas dieron lugar a asambleas, luego a campamentos, luego a arrestos y, finalmente, a una ocupación del edificio y más arrestos. Durante dos días de abril, observé con asombro cómo líderes del Congreso, los supremacistas blancos Proud Boys, miembros de Neturei Karta (un grupo judío ultraortodoxo abiertamente opuesto al sionismo) y numerosos grupos musulmanes que rezaban por la paz en Gaza visitaron y sembraron el caos en las puertas de mi campus para protestar contra lo que estaba sucediendo en Columbia y en Oriente Medio.

Lo que realmente ocurrió dentro del campus requiere una evaluación más profunda. Escribo porque, de lo contrario, estos eventos se distorsionarán. Me ha impactado la falta de análisis o incluso de mención del papel que ha desempeñado el género en las protestas y sus consecuencias. En primer lugar, el campamento en Columbia estaba compuesto mayoritariamente por mujeres. Si bien la composición del campamento variaba de día a noche, la evidencia de las estudiantes arrestadas en el primer campamento de Columbia confirma un enorme desequilibrio de género entre los miembros más comprometidos del movimiento. Más de dos tercios de las personas arrestadas oficialmente eran estudiantes mujeres. Si bien hemos escuchado mucho sobre varios líderes masculinos que se han mostrado francos, cuya retórica violenta hacia los "sionistas" traspasó muchos límites, desconocemos qué pensaban la mayoría de las mujeres en el campamento sobre estos activistas masculinos o sus opiniones. Además, a pesar del activismo en los campus universitarios liderado tanto por rectores como por presidentas, solo las presidentas fueron citadas a declarar, interrogadas por el Congreso y posteriormente obligadas a dimitir.

Tras el estallido de las protestas, los exalumnos respondieron con la "gran retención": donantes y exalumnos judíos se negaron a ofrecer apoyo financiero a las universidades que los habían educado. Los representantes judíos de empresas que fungían como fideicomisarios universitarios dejaron claro que no apoyarían a sus otrora queridas instituciones hasta que las universidades reprimieran las protestas que azotaban el país (e incluso el mundo).

El papel de los exalumnos y donantes, quienes se consideran partes interesadas en lo que ocurría en el campus, es crucial. Exalumnos judíos utilizaron las redes sociales, el Congreso y el sistema legal para desatar un ataque no solo contra Columbia, sino también contra otras instituciones de educación superior de élite. Utilizando métodos comunes en sus negocios, algunos exalumnos generaron un frenesí en las redes sociales, dirigiendo su ira contra la administración

universitaria e incluso contra quienes trabajan en el campo de los estudios de Israel por sus investigaciones críticas sobre el Estado de Israel contemporáneo.

La corporativización que permite a los exalumnos verse a sí mismos como accionistas y a sus fondos donados como inversiones que mantienen la marca de sus universidades elegidas alimentó "la gran retención". En los meses posteriores al 7 de octubre, muchos de los donantes judíos más generosos proclamaron públicamente en las redes sociales y en la prensa que ya no podían apoyar a las escuelas que los habían ayudado a lanzar sus carreras. Algunos judíos estadounidenses comenzaron a cuestionar la fe que los judíos habían depositado en la educación superior estadounidense en su conjunto. A finales del siglo XIX y principios del XX, los judíos estadounidenses no solo buscaban la admisión a la educación superior estadounidense, sino que los judíos más ricos creían que las universidades estadounidenses, en particular las de la Ivy League, podían promover de forma única la integración y la aceptación judías. Miembros de congregaciones tan ilustres como el Templo Emanuel de la ciudad de Nueva York invirtieron en la creación de cátedras de filosofía judía e historia judía en universidades como Harvard (1925) y Columbia (1929) con la creencia de que si los judíos y el judaísmo se estudiaban como otros grupos, los judíos serían más respetados y más aceptados en la sociedad estadounidense.

Para algunos, el pacto social más amplio entre los judíos y la educación superior estadounidense se vio profundamente afectado tras el 7 de octubre. Si bien es cierto que, en la posguerra, la educación superior estadounidense ayudó a los judíos a lograr movilidad económica, para el siglo XXI, los exalumnos judíos tenían motivos para esperar que se les protegiera como a cualquier otro grupo minoritario en el campus. Esperaban que las universidades se pronunciaran con más firmeza cuando se atacara a los judíos en el mundo y que manejaran las quejas de los judíos en el campus con respuestas más contundentes. Sin embargo, retener los fondos destinados a los estudios judíos no es la solución, especialmente en este momento. Necesitamos más expertos en Israel y Oriente Medio en el campus para matizar y profundizar el debate que los manifestantes plantean con ambigüedades maniqueas.

¿Cuál será el impacto a largo plazo de estos eventos —las protestas, la "gran retención", las investigaciones del Congreso, las demandas— en la relación de los judíos con la educación superior de élite en Estados Unidos? Quizás sea demasiado pronto para saberlo, pero en los últimos nueve meses, las universidades de todo el país han respondido creando nuevos grupos de trabajo y centros contra el antisemitismo. Los profesores de los departamentos de estudios judíos e israelíes se han visto en una situación sin precedentes: o se ignora su experiencia o se les asignan tareas para las que no fueron capacitados. A medida que se cuestionan las estructuras universitarias, los judíos y la educación superior estadounidense se adentran en un nuevo terreno. Analizar este nuevo terreno forma parte de un proyecto más amplio al que los académicos deben prestar atención tras el 7 de octubre, mientras la comunidad judía replantea sus suposiciones sobre Israel, el antisemitismo y este momento en el arco más amplio de la historia judía.

# DIRECTORES

Kaplan Fellows @LEATID



## Los judíos, la universidad y el discurso de la traición

Derek Jonathan Penslar



En abril de este año, la Liga Antidifamación publicó lo que denominó un "Boletín de Calificaciones sobre Antisemitismo en el Campus". La ADL calificó a más de ochenta universidades estadounidenses, evaluando su eficacia en la lucha contra el antisemitismo en el campus y la protección de los estudiantes judíos. La ADL es una evaluadora rigurosa: solo dos universidades obtuvieron una "A", dieciocho una "B", treinta y dos una "C" y treinta y tres (incluidas Harvard, Yale, Princeton, Columbia y Stanford) una "D" o una "F". Los críticos desestimaron la boleta de calificaciones, considerándola una táctica intimidatoria y un truco publicitario. Pero era mucho más que eso. Una boleta de calificaciones es una evaluación del desempeño y una recomendación tutelar para mejorar. Quien la emite está autorizado a ofrecer dicha evaluación y lo hace con la convicción de que será tomada en serio por quien la recibe. Desde su fundación en 1913, la ADL se ha caracterizado por ser una organización de defensa, es decir, una que defiende a los judíos contra el antisemitismo. Pero para la ADL y organizaciones judías similares, la defensa implica una ofensiva activa: denunciar a los malhechores y emitir juicios y recomendaciones públicas. Lo hacen con la confianza de contar con un público: en el gobierno, el sistema judicial y la opinión pública.

Los judíos estadounidenses viven con una contradicción tácita. Por un lado, se sienten más vulnerables que en ningún otro momento desde la Segunda Guerra Mundial. Han quedado doblemente traumatizados: por la masacre de más de 1200 israelíes liderada por Hamás en octubre del año pasado y, desde entonces, por las omnipresentes manifestaciones pro-palestinas y el aumento de incidentes antisemitas, algunos de ellos violentos. Las universidades, especialmente las de élite con inclinación izquierdista, han sido motivo de especial preocupación para los estudiantes, padres y exalumnos judíos, quienes consideran que los estudiantes y profesores pro-palestinos tienen vía libre para silenciar otros puntos de vista, perturbar la vida universitaria y avergonzar o rechazar a los estudiantes judíos que se niegan a repudiar a Israel. Los judíos se sienten temerosos, enojados y traicionados.

Por otro lado, la sensación de traición presupone que los judíos han participado plenamente y en igualdad de condiciones en la sociedad estadounidense. Las protestas públicas de las organizaciones judías dan por sentado que la gente los escuchará. El estado emocional y la retórica de los judíos estadounidenses actuales demuestran no solo la debilidad de su posición en la sociedad estadounidense, sino también su fortaleza y, en general, el momento actual como

una continuación de las expectativas arraigadas de los judíos de la diáspora respecto de las sociedades en las que viven.

Antes del siglo XIX, los judíos respondían al antisemitismo mediante la aceptación pasiva o la intercesión silenciosa. Este enfoque comenzó a cambiar a medida que los judíos experimentaban la emancipación, la movilidad económica y una mayor integración social con los cristianos. Desde mediados del siglo XIX, los líderes judíos protestaron públicamente contra la persecución de los judíos en todo el mundo. El crecimiento del antisemitismo en Europa y Estados Unidos a finales del siglo XIX condujo al establecimiento de organizaciones dedicadas a combatir el odio a los judíos en la opinión pública y en los propios tribunales. La premisa subyacente de esta actividad era que los judíos eran plenamente aceptados en el sistema político. Dado que los judíos eran iguales en todos los aspectos a los cristianos, no necesitaban pedir favores, sino que presentaban el antisemitismo como una violación de los principios fundamentales del Estado liberal moderno. Los judíos estadounidenses se han sentido como en casa en Estados Unidos precisamente porque se consideran ciudadanos modelo de la República. Desde esta perspectiva, el antisemitismo no solo es peligroso, sino también antiamericano. Un optimismo latente sobre la vida en Estados Unidos ha llevado al sionismo estadounidense a rechazar las variantes del sionismo que no tienen fe en la sociedad gentil. La confianza implícita y continua de los judíos estadounidenses en su país y sus instituciones emblemáticas, como las universidades de la Ivy League, explica su reacción amarga ante los sucesos ocurridos en los campus universitarios estadounidenses y en todo el país desde el 7 de octubre.

La traición es la ruptura de una relación de confianza. Los sionistas de todo el mundo se sintieron traicionados por Gran Bretaña cuando, tras comprometerse en la Declaración Balfour y el Mandato de la Sociedad de Naciones a fomentar un hogar nacional judío en Palestina, se retractó de sus promesas desde finales de la década de 1920 hasta finales de la de 1930. Durante la década de 1970, cuando la comunidad internacional criticó duramente a Israel, los judíos estadounidenses acusaron a las Naciones Unidas, que habían sancionado la creación de un Estado judío en 1947 y lo habían acogido dos años después, de traición despiadada. Desde el 7 de octubre, el sentimiento de traición ha sido más evidente entre la izquierda judía progresista. Algunos judíos progresistas que criticaban a Israel, pero mantenían un apego a él, se horrorizaron ante la justificación e incluso la celebración de la masacre de Hamás por parte de sus compañeros no judíos. Entre los judíos estadounidenses tradicionales, el sentimiento de traición es menos explícito, pero está implícito en la ira que expresan hacia las universidades a las que asistieron en años anteriores.

En la década de 1960, las universidades de élite superaron su herencia antisemita y acogieron a los judíos, quienes constituían una minoría sustancial del alumnado. Esta época dorada duró hasta la década de 2010, cuando, debido a los cambios demográficos y a los enfoques para abordar la desigualdad racial en las admisiones, la posición de los judíos en las universidades comenzó a debilitarse. Durante este mismo período, los conceptos de vínculos interseccionales entre la difícil situación de los palestinos y la de las minorías racializadas en Estados

Unidos cobraron fuerza entre el profesorado y el alumnado. El 7 de Octubre y la subsiguiente Guerra de Gaza aceleraron enormemente estos procesos en curso. Los judíos que asistieron a universidades de la Ivy League hace décadas acusan a las instituciones de haber tomado caminos equivocados y de traicionar los valores que hicieron de su experiencia universitaria algo tan positivo, significativo y memorable.

Irónicamente, el discurso de la traición es un testimonio de la fortaleza constante del judaísmo estadounidense. Los grupos judíos que presentan demandas, presionan al Congreso y a la Casa Blanca, y emiten declaraciones públicas sobre el antisemitismo, lo hacen porque dan por sentado que su voz será escuchada. Mantienen el credo ancestral de que los judíos están plenamente integrados en la sociedad estadounidense y que los valores que defienden coinciden con los de la gran mayoría del pueblo estadounidense.

## La excepción de Dartmouth

**Susana Heschel**



El 7 de octubre de 2023 será recordado como una catástrofe en la historia judía y un punto de inflexión crucial en la política judía. La promesa sionista de que un estado judío protegería a los judíos se hizo añicos; los asesinatos, torturas, violaciones y secuestros ocurridos en Israel ese día demostraron que la violencia sigue siendo una fuente de posibilidades a la espera de ser activada contra los israelíes y los judíos en general.

La respuesta en las universidades estadounidenses fue inmediata. En lugar de expresar pesar por los horrores, algunos profesores y estudiantes se regocijaron. Un profesor titular de una universidad de la Ivy League declaró el 8 de octubre que se sentía "entusiasmado" por los ataques. Ser indiferente ante la masacre de 1200 personas podría ser preocupante; regocijarse en esa masacre expresa un placer sádico. Un colega que asistía a una conferencia académica ese fin de semana me contó que la noticia fue recibida con alegría en algunos círculos. Un ambiente de triunfo por los palestinos comenzó a extenderse entre algunos profesores y estudiantes, y comenzaron a circular memes de aladeltas, como si Hamás fuera una fuerza de liberación y la masacre una forma apropiada de resistencia.

La convicción de que Estados Unidos era la gran excepción al antisemitismo ha desaparecido; la sensación de que, como académicos y estudiantes de estudios judíos, somos parte integral de la comunidad académica ha terminado; se ha lanzado extraoficialmente un boicot a los investigadores israelíes; y muchos de nosotros en el campo nos sentimos aislados y abandonados. Sin embargo, en

Dartmouth College, donde presido el Programa de Estudios Judíos, el ambiente era diferente. Mis colegas de Estudios de Oriente Medio se unieron a mí para organizar dos foros de profesores abiertos a la comunidad esa primera semana. Cientos de estudiantes y profesores asistieron, con 1600 conectados a la transmisión en vivo, mientras tres de mis colegas y yo compartíamos nuestras reacciones y respondíamos a sus preguntas. Creamos un ambiente de calma y mostramos a la comunidad de Dartmouth cómo dirigirnos entre nosotros como profesores que, aunque no estén de acuerdo en cuestiones políticas, se escuchan atentamente y se dirigen con respeto. En los foros, enfatizamos que las discusiones en las instituciones académicas se llevan a cabo con dignidad. Nos escuchamos como nos gustaría ser escuchados.

Nuestro pequeño grupo de profesores realizó un retiro de cuatro días para planificar un año de ponentes y ofrecer cursos adicionales sobre el conflicto. Organizamos la participación de compañeros de diálogo para que hablaran sobre sus esfuerzos por la paz, y nuestros programas se han centrado en el futuro: cómo poner fin a la guerra constante y lograr la paz. Como le dijo uno de mis colegas a un estudiante, no estamos aquí para litigar el pasado, sino para aprender a crear un futuro mejor.

Durante años, hemos fomentado una estrecha colaboración entre los estudios judíos y los estudios de Oriente Medio. A lo largo de los años, hemos copatrocinado conferencias, talleres y congresos. Intercalamos muchos de nuestros cursos, y los estudiantes de un programa modifican sus estudios con cursos del otro. Nuestros cursos sobre Oriente Medio se imparten conjuntamente siempre que es posible, no para presentar puntos de vista contrapuestos, sino para mostrar a los estudiantes cómo puede darse la colaboración académica. Nuestros cursos atraen a una amplia gama de estudiantes: conservadores, liberales, judíos, musulmanes, cristianos, israelíes y palestinos. Formamos una comunidad en el aula, y nuestros estudiantes se conocen y se preocupan mutuamente. Después del 7 de octubre, todos estaban en shock, e incluso aquellos con opiniones opuestas se tomaron el tiempo para cuidarse mutuamente y ofrecerse apoyo emocional. Que un estudiante palestino se siente frente a un estudiante judío ortodoxo y entable un diálogo: ese es el objetivo.

No todo el profesorado de nuestros dos programas participa, pero hemos creado una comunidad en torno al consenso de que la colaboración enriquecerá nuestra enseñanza y nuestro trabajo académico. Nuestros estudiantes responden a nuestro modelo y la administración ha apoyado enormemente nuestra labor. Nos han llamado la "excepción de Dartmouth". Hemos mantenido la paz en el campus, salvo por una manifestación del 1 de mayo cuyos líderes estudiantiles, como notamos, nunca habían asistido a nuestros programas. Ciertamente no nos oponemos a las manifestaciones; es un derecho de todos los ciudadanos estadounidenses expresar sus opiniones. Aceptamos que no todo el profesorado nos apoya; tenemos oponentes en la extrema izquierda y la extrema derecha, y algunos colegas que ven sus clases como oportunidades para la agitación política. Insistimos en que el profesorado debe estar disponible para todos los estudiantes, independientemente de sus inclinaciones religiosas o políticas, y por esa razón no publicitamos nuestras opiniones políticas. Les explico a mis alumnos

que tengo amigos y familiares en ambos extremos del espectro político y respeto sus opiniones; quiero que sientan que pueden hablar conmigo sobre sus opiniones sin ser criticados.

En una clase que imparto junto con mi colega que preside Estudios de Oriente Medio, “Árabes, judíos y construcciones de la modernidad”, comparamos las respuestas entusiastas de árabes y judíos a la promesa de la Ilustración, su universalismo, racionalismo y liberalismo. Vemos sus similitudes: Bustrus al-Bustani, padre de la *nahda*, y Yehuda Leib Gordon, poeta de la Haskalah, utilizaron un lenguaje similar para alentar un “despertar” de árabes y judíos a la promesa intelectual de Europa. Árabes y judíos acudieron en masa a las universidades europeas, pero también criticaron los errores filológicos de los europeos en hebreo y árabe. Gradualmente, tanto árabes como judíos reconocieron que el universalismo prometido por la Ilustración no los incluía. Nuestros estudiantes descubren que tanto los árabes como los judíos estaban horrorizados por el antisemitismo del caso Dreyfus, que repudiaba los principios de la Ilustración. Los judíos se volvieron hacia el sionismo, los árabes hacia el derrocamiento del colonialismo. Aunque nuestro seminario finaliza con la década de 1920, los estudiantes salen reconociendo que el conflicto actual no era inevitable, que el amanecer de la modernidad comenzó no con un conflicto árabe-judío sino con luchas compartidas.

## Los judíos y la izquierda

David Feldman



¿Fue el 7 de octubre de 2023 un momento decisivo para la diáspora judía? Dado que los judíos de la diáspora sienten apego a Israel, esta idea es fácil de comprender. Pero con frecuencia se nos dice que el 7 de octubre y sus consecuencias han sido trascendentales en otros sentidos. La relación entre los judíos y la izquierda ha sido central en estos debates.

Los críticos destacan casos en los que figuras y organizaciones de la izquierda no han condenado la masacre de civiles, la violencia sexual ni la toma de rehenes del 7 de octubre. Responsabilizan en parte a la izquierda del aumento global de incidentes antisemitas registrados, así como del abandono de los judíos ante este repunte del racismo. Señalan manifestaciones de apoyo a los palestinos que incluyeron un leve aumento del apoyo al ataque de Hamás ; llaman la atención

sobre la difícil situación de los estudiantes judíos, que han sido víctimas de abuso verbal, acoso y violencia física.

La izquierda es muchas cosas. Está la izquierda que critica a Israel y la ocupación, y denuncia su catastrófica guerra contra Gaza basándose en el derecho internacional. Y luego está la izquierda que cree que la fuerza es la razón, siempre que la ejerzan los oprimidos. La idea de que los judíos y la izquierda están sumidos en un antagonismo deja de lado el hecho de que los judíos también forman parte de la izquierda. Un elemento en cualquier evaluación del último año debe tener en cuenta el crecimiento y la creciente confianza de una izquierda conscientemente judía en Estados Unidos y Gran Bretaña.

Más allá de los matices y divisiones en la izquierda, existe una creciente opinión de que el sionismo fue un proyecto colonial desde sus inicios y que hoy Israel es un estado de apartheid. Fundamentalmente, esta concepción del sionismo e Israel es anterior al 7 de octubre de 2023. El último año no ha marcado un antes y un después en las relaciones entre los judíos y la izquierda. Ha reflejado una aceleración de las tendencias y una amplificación de las voces que se han escuchado con fuerza desde principios de este siglo.

En la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas contra el Racismo y su foro de ONG, celebrado en Durban en 2001, dos cuestiones polémicas acapararon la atención: el conflicto continuo entre Israel y los palestinos, y la exigencia de los Estados africanos de disculpas y reparaciones por la esclavitud y el colonialismo. Ambos temas estaban relacionados. La exigencia de disculpas y reparaciones abordaba la formación histórica del colonialismo y el racismo. El apoyo a los palestinos en Durban se centró en caracterizar a Israel como un flagrante ejemplo de colonialismo y racismo en la actualidad.

En la conferencia de Durban se expresaron muchos aspectos que resultan familiares hoy en día. La declaración final señaló a los palestinos como víctimas del racismo y la discriminación racial. La declaración y el plan de acción de las ONG fueron más allá y se refirieron a Israel como autor de crímenes de guerra, limpieza étnica y apartheid. Los delegados judíos en el foro de ONG informaron que la condena del sionismo estuvo acompañada de una mezcla de agresión, acoso y odio a los judíos. Las reuniones marcaron una ruptura entre las políticas antirracistas y antisemitas.

Los acontecimientos de las dos décadas siguientes reforzaron la concepción de Israel articulada en Durban —tres operaciones en Gaza entre 2008 y 2014, la expansión de los asentamientos y la brutalidad en Cisjordania, la Ley de Nacionalidad de 2018 y el fracaso del proceso de paz y la solución de dos Estados— confirmaron la validez del paradigma de Durban para el creciente movimiento de solidaridad con Palestina. Inevitablemente, se ha extendido la idea de que el problema no es la ocupación, sino el propio Israel. Algunos en la izquierda no solo adoptan este análisis, sino que también lo utilizan para abogar por un futuro entre el río Jordán y el mar Mediterráneo sin el Estado de Israel.

Español La caracterización de Israel como un estado colonial racista y de asentamiento pasa por alto mucho que es históricamente significativo ( para empezar: la discriminación antisemita y la violencia en Europa en los siglos XIX y principios del XX, el Holocausto, el legado dentro del sionismo del

etnonacionalismo europeo, la propia lucha de Israel contra los británicos y la afluencia de migrantes y refugiados de tierras árabes), pero tampoco es errónea. Es un camino torcido que lleva de la Declaración Balfour a la fundación del estado de Israel. Sin embargo, la asociación entre el sionismo y el imperialismo británico resultó decisiva. La historia de racismo y dominación, privilegio y expropiación, dentro de las fronteras reconocidas de Israel, así como más allá, ha sido evidente para cualquiera que se haya molestado en mirar. Dos años después de Durban, la Comisión Or, establecida por Ehud Barak, informó secamente que generaciones de gobiernos israelíes habían sido negligentes y discriminatorios en su trato a la "minoría árabe" de Israel. En 1949, solo el 13 por ciento de la tierra en Israel estaba en manos judías; En 1966 la cifra era del 93 por ciento.

El último año ha revelado las fortalezas y debilidades del paradigma de Durban. La crítica a Israel puede respaldar una visión maniquea de la vida y la política entre el río y el mar, y puede legitimar la indiferencia ante las atrocidades cometidas contra los judíos en Israel y el antisemitismo en otros lugares. Estas fallas alimentan el temor más profundo de muchos judíos : que son las vidas judías, no el Estado judío, el verdadero objetivo de la izquierda. Al mismo tiempo, aunque el paradigma de Durban nos presenta una imagen de Israel y del sionismo que prescinde de luces y sombras, es irrefutable que la dominación, la discriminación y la expropiación han moldeado la historia de Israel. Cuando los críticos de la izquierda señalan las deficiencias de quienes promueven esta imagen, ofrecen una respuesta, pero no una solución. No reconocen ni el daño causado ni la tarea de repararlo; la magnitud de ambos se ha expandido desde el 7 de octubre.

## Los dos mundos del judaísmo

**Arnold M. Eisen**



Reflexionaré durante los próximos momentos sobre cómo los judíos y el judaísmo en Norteamérica han cambiado, probablemente cambiarán y, en mi opinión, *deberían* cambiar, como resultado de los acontecimientos del año pasado. Abordaré estas cuestiones desde tres marcos conceptuales que han moldeado mi investigación y mis compromisos personales. La historia judía estadounidense se ha visto claramente afectada por el 7 de octubre y sus consecuencias. Pero con la guerra aún en curso y el futuro de Israel y Estados Unidos muy incierto, cualquier predicción debe ser provisional. Las mías adoptarán, en gran medida, la forma de esperanza o incluso fe. Comienzo con el marco para comprender el pensamiento judío moderno que ofrece Eliezer Schweid. Los pensadores judíos desde Spinoza se han enfrentado a

dos desafíos principales, identificados proféticamente en el título del *Tractatus*.

Uno era político: ¿dónde podían situarse los judíos en el orden mundial emergente, en sociedades y estados que ya no estaban dominados por el cristianismo ni el islam? El otro era teológico: ¿qué tipos de judaísmo podrían desarrollar los judíos que se adecuaban a esas realidades políticas?

Hasta el momento, según Schweid, solo habían surgido dos respuestas viables a la cuestión política, ambas con inmensos riesgos. La primera es la emancipación: la condición de minoría en una democracia de la diáspora occidental, con la supervivencia y el desarrollo judíos garantizados por la ley y una amplia aceptación social. (Estados Unidos es, por supuesto, el ejemplo más exitoso de este modelo). La otra opción es el sionismo: un Estado en la Tierra de Israel, asegurado por la fuerza de las armas y alianzas con potencias superiores. La emancipación ha ofrecido posibilidades sin precedentes para el logro individual y comunitario, pero conlleva las desventajas inherentes de la asimilación y el antisemitismo. El sionismo ofrece las ventajas que conlleva el poder estatal y una cultura mayoritaria, pero no puede cumplir su promesa de "refugio seguro" para los judíos mientras los palestinos y sus vecinos árabes o musulmanes no acepten la existencia de Israel. Los logros judíos tanto en Israel como en Estados Unidos han sido, en cierto modo, espectaculares en los últimos 75 años, pero muchos judíos en ambos lugares, con razón, sentían, incluso antes del 7 de octubre, que su bienestar era precario.

No es sorprendente que la brecha entre "los dos mundos del judaísmo", analizada por Liebman y Cohen en 1990, haya crecido con el tiempo a medida que ambos judaísmos se desarrollaron en direcciones muy diferentes. Dada la diversidad de sus poblaciones, es dudoso generalizar sobre ambos, pero parece justo decir que la mayoría de los judíos estadounidenses no ortodoxos han adoptado prácticas e ideales judíos personalistas, universalistas y centrados en la ética o la justicia social, mientras que la mayoría de los judíos israelíes, ortodoxos o no, conocen un judaísmo colectivista, particularista y centrado en la historia compartida, cuyo último capítulo ellos, y no nosotros, están escribiendo. Ya en 1990, el AJC patrocinó una consulta sobre la creciente brecha entre los jóvenes judíos estadounidenses e Israel. El Anuario Judío Americano de 1998 publicó un artículo mío que argumentaba que Israel era, con pocas excepciones, una preocupación secundaria para la mayoría de los judíos estadounidenses y su filantropía, así como para los principales novelistas y pensadores religiosos judíos de todas las corrientes. Al preguntarles qué tan apegados estaban al Estado, cerca del 30% de los judíos en Estados Unidos ha respondido sistemáticamente "nada" en las últimas décadas, y solo un porcentaje similar respondió "muy apegado". Según el Informe Pew de 2013, la mayoría de los judíos estadounidenses aún no habían visitado Israel. Pocos conocen bien la historia, la cultura, la sociología o la política de Israel (o la historia y la tradición judías); solo una pequeña minoría ha aprendido hebreo. Un gran número de judíos no ortodoxos se ha sentido desde hace tiempo menospreciado por el rabinato oficial de Israel y rechazado por sus gobiernos de derecha. La afirmación, tan frecuente, de que Israel se ha convertido en "la religión de los judíos estadounidenses" debe matizarse.

Diría, en cambio, que la "religión civil" de los judíos estadounidenses en las últimas décadas ha sido *'am Yisrael hai*, una declaración que, desde el 7 de octubre, también han hecho con frecuencia los judíos israelíes. "El pueblo judío vive" y *debe* vivir. Israel, para los judíos estadounidenses, es mucho más un mito profundamente sentido que una realidad conocida. La historia del Estado que importa es la historia, más grande que la vida misma, de un pueblo renacido tras el Holocausto. Israel significa vida luchando contra la muerte. Toda imagen o relato popular del Estado da expresión a ese mito, ya sea el rescate de los desplazados en un barco llamado Éxodo, las batallas de unos pocos contra ejércitos enemigos mucho más numerosos, la floración de los desiertos o su liderazgo internacional en alta tecnología, I+D y OPI. Y, como bien han señalado Franklin Foer y otros, el mito de Israel estuvo durante muchos años ligado en este país a una historia igualmente mítica de Estados Unidos, un "bastión de la libertad", "la primera nación nueva", donde los judíos y otras minorías religiosas y étnicas anteriormente perseguidas podían encontrar un hogar. Ambos mitos tienen algo de verdad, por supuesto, y ambos se han visto desmoronados o "rotos" a lo largo del último medio siglo, pero ninguno ha perdido su fuerza. De hecho, ambos quizás cobran más importancia que nunca, ya que ambos judaísmos lidian con una política interna extremadamente polarizada y los efectos inminentes del calentamiento global, la inteligencia artificial, la edición genómica, una crisis mundial de refugiados y más.

¿Se acercarán los "dos mundos del judaísmo" como resultado del 7 de octubre? Ningún judío estadounidense con los ojos abiertos puede dudar ya de que el "pacto del destino" los abraza, les guste o no, y sean cuales sean sus convicciones religiosas o políticas. Lo que Israel haga en el escenario mundial tendrá consecuencias para los judíos aquí. Es más difícil que nunca desentrañar las relaciones de causalidad e influencia que conectan el antisionismo con el antisemitismo. Ambos afectan a todos los judíos en todas partes, y yo, por mi parte, he llegado a creer que parte del feroz sentimiento antiisraelí en los campus universitarios proviene del resentimiento hacia los judíos estadounidenses, y no al revés. Un gran número de judíos en este país que, como yo, han apoyado durante mucho tiempo la creación de un Estado palestino, entienden que Hamás quiere matar judíos, israelíes o no, y los mataría con gusto. Para muchos judíos estadounidenses, como para mí, el sionismo no es una opinión política, como el apoyo a Ucrania en su guerra contra Rusia, sino un amor por Israel, una pasión, una mitzvá, una relación con amigos, familia y un proyecto, sin el cual no sería la persona que soy.

Ese amor es fruto de un encuentro entre mí en un período clave de mi vida e Israel en un momento clave de su existencia —antes de los asentamientos, antes de Bibi y Ben Gvir, con Oslo y Camp David en los titulares en lugar de la muerte y la destrucción en Gaza y ahora en el Líbano—, así que no me sorprende que muchos judíos estadounidenses jóvenes no lo compartan. Si más judíos se inclinan por la definición del judaísmo como personal, universal y ético, la desafección y el desinterés por el Estado crecerán rápidamente, e incluso el antisemitismo podría no revertir la tendencia.

El marco de Schweid dirige la atención de los judíos estadounidenses a lo que construimos aquí, en lugar de a lo que sucede allá. Los judíos más afectados por el antisemitismo pueden ser aquellos con menos conocimiento de la historia y la tradición judías. Los datos recopilados desde el 7 de octubre muestran que los judíos estadounidenses se sienten vulnerables al enorme aumento del antisemitismo en este país y han respondido en los meses posteriores al ataque de Hamás con un aumento de la asistencia a lugares judíos, dentro y fuera del campus. La continuidad de estas tendencias depende, por supuesto, de si el nivel de antisemitismo disminuye después de la guerra y de las elecciones estadounidenses, pero también depende de si un gran número de judíos regresa a las tradiciones y comunidades judías en busca de significado y consuelo mientras enfrentan las múltiples crisis globales que, me temo, pronto nos sobrecogerán a todos.

La afirmación sionista de que Israel ofrece a los judíos de todo el mundo un "refugio seguro" tanto del antisemitismo como de la asimilación se ha visto sin duda socavada por los acontecimientos del otoño pasado. Irónicamente, sin embargo, la fe en la vida del pueblo judío y la determinación de asegurar su supervivencia pueden haberse fortalecido. Es evidente que algunos enemigos de Israel tienen motivaciones tanto teológicas como políticas para atacar el hogar nacional del judaísmo mundial; los judíos estadounidenses, por su parte, se han visto obligados a afrontar el hecho de que su afiliación religiosa conlleva consecuencias políticas. El rabino Elliot Cosgrove observa con dolorosa honestidad en su recién publicada meditación sobre el judaísmo estadounidense tras el 7 de octubre que "podríamos argumentar que difuminar la línea entre la crítica a Israel y la crítica a los judíos es un objetivo legítimo", dado que "mi identidad judía y mi sionismo son inseparables". Razón de más para que ambos judaísmos se atrincheren y contraataquen cuando *'am Yisrael hai* está en juego. Yo mismo me impaciento con quienes aconsejan a los judíos que abandonen el proyecto sionista o concluyen que la fe en el éxito y la virtud de Israel debe abandonarse. Mis amigos israelíes luchan contra los fanáticos judíos xenófobos y ultranacionalistas que los rodean, y debemos apoyarlos. Ningún judío que acepte la responsabilidad por sus compatriotas judíos puede descartar a siete millones de judíos israelíes ni desear que estén sujetos a la dominación palestina o al gobierno de fanáticos judíos. Israel es mucho más que su gobierno actual, mucho más que su historia que la ocupación de Cisjordania, y hay buenas razones para no responsabilizar únicamente a Israel de que la paz con los palestinos aún no se haya alcanzado. Ningún judío estadounidense consciente de cuánto se ha enriquecido, e incluso hecho posible, su vida judía gracias a la existencia y los logros de Israel querría que se abandonara el proyecto sionista. La tarea del momento es redoblar nuestros esfuerzos por moldear el carácter de Israel y luchar por nuestra visión del "pacto del destino" mientras luchamos juntos con el "pacto del destino".